

lustrado, pálido, desdentado, medio torcido, de ideas avanzadísimas, entusiasta por Farías y sus disposiciones sobre votos monásticos, diezmos y plan de instrucción pública.

Secunda sus ideas un Lic. Borja, repugnante y mugroso, con un labio plegado por una cicatriz adquirida en las guerras del callejero amor.

Ese licenciado blasfema y arremete contra frailes, monjas, mayordomos y cofradías, ensalzando á Zavala, poniendo por los cielos á Rocafuerte, y citando á cada instante á Voltaire, á Pigault-Lebrun y á D'Alambert.

Desamortización, tolerancia de cultos, milicia cívica, libertad de comercio, todo se discutía entre contradicciones y aplausos exagerados, oyendo la mayoría con la boca abierta á los *cabezones*, como se llamaba á los hombres de talento.

Otra mesilla era de literatos en que solía llevar la voz un capitán Antepana, apuesto y fino, sincero admirador del divino Tagle, de Fray Manuel Navarrete, de Couto, y Carpio.

Manténian la discusión el capitán Amat que sabía de memoria las poesías del Padre Ochoa y de Barquera, Sierra y Rosso y un Sr. Pérez Rivas que era un *alfolí* de chistes, anécdotas y particularidades mil de improvisadores estupendos, desde los Villaseñores hasta Ventimilla, Rafael Heredia y Guerra Manzanares Antonio.

Aquella mesilla del rincón aloja á la gente de trueno; se habla allí de valientes y calaveras; toreros y gente de teatro; músicos, cantantes y bailarinas; jugadores de

pelota y tahures arriesgados; se voceaba en son de guerra; se daban palmadas en la mesa, y de vez en cuando volaba una charola ó una silla sobre la cabeza de los interlocutores.

¿Pero cómo no embobarse oyendo las hazañas de Pepe Miñón, cuando colgó á un lego importuno de su balcón y lo subía y lo bajaba entre las risas universales?

¿Quién dejaba de aplaudir á Félix Merino, cuando llevó la máscara de monjas y frailes á la misma casa del Provisor?

¿Quién no describía con colores brillantes la zambra de Barberi en la procesión de Tlatelolco?

Cuando se hablaba de toros, se asistía á una revista concienzuda en que figuraba en primer término, como picador, el atlético Vicente Avila, del chusco compadrito, no obstante faltarle tres dedos de una mano; de Mariano (la Monja) largo y angosto como riel moderno; de *Caparatas*, alborotador y valiente, y sobre todo de Don Javier Heras, gachupincillo rico, aficionado á los bichos, que disponía toros de once y jamaicas, montes parnasos y palos encebados, y que acabó por hacerse el creador y el empresario de la Plaza de Necatitlán.

Allí, por supuesto, que se agotaba ese *frasisismo* delicioso de volapiés y trascuernos, de capa larga y mulletilla corta y de todo ese riquísimo vocabulario del arte de Pepe-Hillo, de Blanco y de Cúchares.

Más facultativo tenía que ser el círculo de gente de teatro, no sólo por precederle una tradición magnífica en que figuraban Luciano Cortés, Prieto y Garay, sino

porque Moratín había despertado el buen gusto de la comedia, porque Prieto era consumado actor y porque Amador y la Agustina Montenegro poseían dotes eminentes que ni el mismo mal gusto que las desfiguraba podía hacerlas despreciables.

Amador era persona de distinguida familia, de presencia gallardísima, había hecho buenos estudios y tenía modales finísimos; recitaba los versos con dulzura encantadora: yo recuerdo que ciertas décimas de *la Vida es Sueño* de Calderón siempre las repetía por instancias del público tres y cuatro veces.

Agustina era pequeña de cuerpo, regorda y chata, con los ojos más divinos que puede soñar capense enamorado. Representaba «A la Vejez Viruelas,» de Bretón, á las mil maravillas.

Respecto de cantantes, los primeros albores de la ópera habían destronado totalmente á la Chata Murguía y á Rocamora, y sólo ciertos apasionados empedernidos seguían ensalzando *La Patera*, *Los Hidalgos de Medellín* y *El Tripoli*.

Todavía, lamiéndose los bigotes, repetían los viejos la tonadilla que decía:

«Los muchachos de estos tiempos  
Son como el atole frío....  
Perdidos de enamorados  
Y el estómago vacío.»

O la otra que cantaba Rocamora:

«Las muchachas de estos tiempos  
Son como las aceitunas:  
Las que parecen más verdes  
Suelen ser las más maduras.»

Aun quedaban defensores de los coloquios y pastorelas, y sobre todo de las comedias de magia.

Aquella vista de teatro en *Juana la Rabicortona* era primorosa; todos los palcos con sus muñequitos de movimiento muy apuestos y muy al natural, y cuando el caso lo requería, mil figuritas con sus sombreros, abanicos y pañuelos se ponían de pie, agitaban las manos y saludaban á la milagrosa *Juana* que atravesaba el foro en marcha triunfal.

Aquello era de perecerse de júbilo y asombro; los chicos palmoteaban y se salían de sus asientos haciendo cabriolas, y la concurrencia aplaudía enloquecida de contento.

De otro género, pero verdadero y profundo, era el asombro producido por la Pellegrini y por Castillo, por Murati, canoro y melodioso como un ruiséñor; de Galli, que, aunque en su decadencia, era aventajadísimo y consumado como actor, y de todos los precursores de la grande Opera que vino con la Albini el año de 1836, que importó en México D. Joaquín Patiño y organizó D. Manuel E. Goroztiza.

Los filarmónicos del grupo que me ocupa no dejaban de citar, cuando el caso lo requería, á Gómez y á Elizaga, organistas y pianistas ilustres; á Salot, que infundía á la trompa acentos angélicos; á Siméon Vivian que convertía en arrullo la charla del clarinete; á Hermosilla, que remedaba en la flauta el cascajear del labriego y el requiebro de la tórtola, á Goyo y Caballero, violinistas, que fueron admiración de los maestros europeos.

Los bailarines tenían amplísimo campo para sus charlas, no sólo por tratarse de maestros de gran mérito, como el bicho Morales, Águila, Isabel Rendón y la Gamborini, sino porque los *grandes bailes* de la Pautret produjeron una verdadera revolución; los periódicos resolvieron diccionarios y archivos para estar desde el baile de David frente al aria; las bandurrias poéticas se hicieron rajadas y el vehemente Heredia, en inspirado acento, inmortalizó las gracias de la María Pautret, revisitando con los encantos de Frinea á la Tersípcore Francesa.

Tan sabrosa plática que tanto se presta á los episodios de la crónica escandalosa, como los próceres cortejos en aquella época de actrices y bailarinas afamadas, paseos, días de campo, y discípulas de los grandes maestros de baile que se lucían en el *bolero* y en el *baile inglés*, eran sucedidas por las relaciones de partidos de pelota de *chacual* y guante en el dilatado juego de San Camilo, en que brillaban Peritas y el tuerto Echartea, hombres del bajo pueblo, y competían con ellos capitalistas como Rebul, personajes como Irizarri y el canónigo Verdugo; y Reverendos padres como el padre Peralta de San Agustín, sin olvidar ni al cacarizo Torres, ni á mi tío D. Manuel Rodríguez, opulento comerciante de ropa.

De todo esto y mucho más se hablaba y discutía en el *Café del Sur*, sin dejarse de sazonar los variados platillos de las conversaciones con cuentos picarescos y llenos de sal y pimienta, para los que se pintaban Pé-

rez Palacios y el agudísimo Diego Correa, el padre Orçillez y Villavicencio, que escribía con el nombre de *El Payo del Rosario*.

No cesaba, entretanto, el trajín de los criados mugrosos, desaseados, con enmarañados cabellos, mangas de camisa remangadas, delantales con bolsones en que sonaban las cucharillas del café, y sus útiles en las manos, ni cesaba un punto el ruido huecoso de las fichas del dominó, del que tenían cuidado de apartarse los grandes jugadores de ajedrez ó de damas, entre los que sobresalían Cariglón, Rodríguez y algún barbero ó boticario.

Los periódicos en el café circulaban en corto número, pero tenían gran voga: «El Demócrata», «El Fénix», «El Mono» y algún otro. Quedando recuerdos vivísimos de «El Toro», «El Quebranta Huesos» y los folletos que redactaba D. Francisco Ibar, que escribía, lo mismo que Dávila, el autor del «Toro», con ponzoña de alacranes y sangrientísimas personalidades.

Al autor de «El Toro» lo conocí: llamábase D. Rafael Dávila, y tenía por sobrenombre *rata parida*. Era alto de cuerpo y enjuto de carnes, pálido al extremo, frontón, de pobladas cejas y ojos negros hundidos provocativos y brillantes; era escaso en palabras y parecía poseído de mal humor constante.

Cuando hablaba era incisivo y gracioso, salpicando de anécdotas y estaciones de crónica escandalosa su conversación.

En resumidas cuentas, el cafecito era un gran libro

y el primer motivo de reflexiones profundas de la sociedad que percibía desconocido y como entre bastidores.

La «Gran Sociedad,» que se encontraba como ahora, en la esquina del Espíritu Santo, extendiéndose hasta la calle del Coliseo, era de D. Diego Ramón Somera, y el que llamaremos hotel, estaba dividido en cuatro secciones, que eran café, billares, nevería y hospedaje; este último departamento ofrecía la particularidad de tener colchones, útil desconocido en mesones y posadas comunes.

«La Gran Sociedad» era lugar de cita de la gente más acomodada, como comerciantes, ricos, empleados de categoría, jefes del ejército, hacendados ociosos, tahures de renombre, que se mezclaban sin escrúpulo con cómicos y danzantes; caballeros de industria y niños de casa grande, como se les llamaba, holgazanes y prostituidos.

En los billares los campeones invencibles eran Gallo y Royuela.

El café de Veroli, hoy *Café Inglés*, hacía competencia á «La Gran Sociedad.»

Había otros lugares muy concurridos, y eran las fondas ó figones que ofrecían dos grandes divisiones: uno como externos ó plebeyos, pero en los que se mezclaban sin distinción toda clase de personas; otros centrales en que se solía guardar mayor circunspección.

Los primeros solían estar en barrios apartados, al abrigo de una pulquería famosa, como «Las Cañitas,»

«Los Pelos,» por San Pablo; junto al «Diamante,» fonda situada en la calle de Regina; «Nana Rosa,» por el paseo de la Viga, y «Tío Aguirre» en las inmediaciones de Santiago Tlatelolco.

Las otras eran fondas centrales, como la del callejón de Bilbao; «Las Colas,» en la calle de Cordobanes, y el famoso «Arzobispado» de la calle de las Damas, que era nocturna y atraía gran concurrencia por sus sabrosísimos *penques* y sus pulques curados ó confectionados con piña, tuna, almendra, apio y otros brevajes. Al director de escena de esa fonda le llamaban «Don Frijoles.»

Había otra fondita puramente nocturna, con aspecto de excusado, pero característica; era la fondita de la guardacasa del teatro; piecésita sucia y desmantelada, con su brasero casi á la entrada, su candil de aceite, sus mesas angostas como mostrador y sus bancos de palo blanco.

La fondita se llamaba de «La Madrina,» que era una vieja encorvada, de piel de nuez y enmarañado pelo; pero lista, bullanguera y desvergonzada como ella sola.

En aquella fonda sólo se servía pollo asado con ensalada, chiles rellenos, mole y unos frijoles refritos en cazuelillas pequeñas y como con dedicación especial.

Enaquel tugurio, entre humo y firme olor de cochambre y apreturas, se veían gentes de trueno, encopetados personajes, místers y próceres, en la más estúpida concordia, y de allí se servían cenas á algunas señoras

de los palcos, que daban bonitamente la espalda al público en los entreactos y engullían de lo lindo, presentándose de nuevo en sus asientos, como si dijéramos, lamiéndose los bigotes.

El populacho vil tenía sus fondas ó comedores al aire libre en el callejón de los «Agachados,» en el tránsito de Portaceli y Balvanera, y allí gente sucia y medio desnuda, en cuclillas ó de plano, hervía al rededor de cazuelones profundos, con piélagos de moles, arvejones, habas, frijoles y carnes anónimas é indescriptibles, no para recordadas por los racionales.

Pero lo característico para dar conocimiento del populacho de México, populacho salpicado de frailes y soldados, toreros, calaveras y niños *alegres* de la gente rica, eran las pulquerías situadas en los suburbios, como «La Nana,» «Los Pelos,» «Don Toribio,» «Celaya,» etc.

La pulquería era realmente un extenso jacalón de tejamanil, en forma de caballete, de treinta varas de largo por catorce de ancho, sostenido por vigones que tenían base ó sustentáculo de piedra.

Tres de los lados de este jacalón daban al aire libre, y en el fondo había un respaldón triangular donde tenía su asiento la negociación.

En uno de los lados de este triángulo estaba formado un gran cuarto de gruesos tablones, con mesas corridas y asientos, y cerca de la puerta, con vista al gran salón, el puesto de la *enchiladera*.

Al pie del triángulo ó gran cabecera que hemos des-

crito, se levantaban tres ó cuatro tinas de pulque, pintarrajeadas en su exterior y condecoradas con nombres propios como «La Madre Venus,» «El de los Fuertes,» «Fierabrás,» etc., etc., dominando las tinas; tendidas repisas en que había vasos verdes y de pepita, cubos de palo, cajetes y cántaros porosos.

El suelo del salón, de pura tierra, se hallaba perfectamente pisoneado, terraplenado y apto para jugar rayuela, con los macizos *tejos* de bronce que se usaban entonces para el efecto, y para jugar *tuta* y la *pitrina*, que exige el riego de monedas por el suelo.

A los pilares se ataban los caballos de los concurrentes ecuestres y solían á los mismos sujetarse gallos que atronaban con sus gritos el recinto.

Hombres, mujeres, chicos, matanceros, toreros, frazadas, esclavinas, barraganes y chaquetas, se revolvían formando remolino inquieto, en que el grito, la injuria, la desvergüenza, la carcajada y la blasfemia, brotaban sin cesar, alimentando el fervor cajetes, vasos y tinas del licor embriagante de Xochitl.

Al rededor de la *enchiladera* se agolpaba aun más inquieta la abigarrada concurrencia.

Pero lo supremo, lo tormentoso, lo matizado de todos los colores, el gran mosaico popular, se reservaba para el cuartito de tablas; el músico y el capellán de tropa, el fraile copetón y decididor, el ranchero ladino, el lépero resabioso y tremendo, el puñal y la daga, la bandola y la baraja; en una palabra, todos los útiles para el desempeño fácil y entusiasta de los pecados capitales.

Se cantaban canciones obscenas, se jugaban albures con barajas *floreadas*, se hacía campo á las bailadoras del *dormido* y *del máleriado*; en una palabra, se daba gusto Satanás en aquel conjunto privilegiado por su estimación y cariño.

Lucían entonces para el militar los deslumbradores entorchados y las pintorescas charreteras; el fraile lucía los pañuelos de puntas de chaquira hechos por las delicadas manos de las hijas de confesión; el juez ostentaba su bastón con borlas; los catrines sus vuelos encarrujados y sus dolmanes con alamares; los charros sus cueros ricamente bordados, y las chinas sus encarnados castores sembrados de lentejuelas como estrellas, sus puntas enchiladas y sus zapatitos color de esmeralda, con mancuernas de oro y palabaja á raíz de la piel de piñón.

Había también sus fondas ó bodegones al aire libre en el Portal de las Flores, bajo los arcos del portal, consistentes en una mesilla con su mantel, de dudosa pureza; su farolillo de papel, platos y vasos, y los manjares y sus accesorios en golosa exposición; en uno de los extremos de la mesa había un anafe con lumbre, coronado de una cazuela enorme en que armaba escándalo perenne la manteca.

Al lado de la manteca estaba estacionado, con su delantal de brin, su sombrero de palma y las mangas de la camisa remangadas, el pregonero despachador, socio ó propietario de la portátil negociación, clamando en son de canto continuamente: «Chorizones, pollo, fiam-

bre; pasen á merendar. . . Un vaso de pulque de piña.»

Los concurrentes y consumidores se sentaban en el quicio de las puertas, ó en petates tendidos en el suelo; allí engullían, carcajeaban y tenían solaces de banquete, no sólo la gente humilde y de baja clase, sino el medio pelo presuntuoso, los payos pudientes y los ricachos no envanecidos con una caprichosa fortuna.

Solían acaso verse en algunas esquinas, colosales ollones con una luminaria al costado, despidiendo chufas, sirviendo la cavidad de la olla de horno de pasteles y empanadas, que también anunciaba un tiznado y emmarañado vendedor, gritando desafortadamente:

«¡A cenar! . . . ¡A cenar! Pastelitos y empanadas. ¡Pasen, pasen á cenar!! . . .»

Los gustos alternaban á veces, y servían de estribillos á viejos indecentes que eran la delicia de la *gente del bronce*.

El colegio, en mi calidad de alegre y desplanado capense; la aduana, en mi categoría de meritorio despavilado y ladino; la calle, con mi investidura de trovador callejero, eran las tres facetas de mi aperreada existencia, que bien podía tacharse de pobre y aventurera; pero de ninguna manera de monótona.

El rector de mi colegio (San Juan de Letrán) era el Dr. D. José María Iturralde, personaje de gran representación política, tenido por sabio y hombre de gran elasticidad para el manejo de los negocios mundanos, no obstante estar ordenado de evangelio, es decir, graduado de sacerdote.

En esa época estaba cuasi ciego; pero eso no le impedía fomentar é introducir estudios mucho más avanzados que los de los otros establecimientos.

Atendíanse las ciencias matemáticas, la lógica de Condillac; pero como texto, el derecho natural de Haren; allí sostuvo sus primeras campañas contra la suspicacia clerical, enseñado por D. Juan J. de la Garza, en 1850, cuando aun no se recibía de abogado.

Desgraciadamente la parte administrativa del colegio no tenía los mismos connatos de adelanto, ya porque la escasez del erario arreciaba, ya porque el corazón del rector era combustible como el fósforo, y hospitalario como héroe de cuento árabe, tratándose del bello sexo.

Aquella inclinación y la falta de vista, hacía que las ovejas de aquel pastor no se le alejasen, como exigía la gravedad de su cargo de director y ejemplo de la juventud.

El ajuar de salones y cátedras era desastrado; los útiles para la enseñanza eran inenarrables; no se conocía ni una esfera, ni una máquina eléctrica ni por un ojo de la cara; y por supuesto que han quedado como típicos de la época, aquellos fideos que culebreaaban aislados en lagos de grasa; aquellas carnes que rebotaban en el plato como hule; aquellos frijoles que pedían á la caoba su color y dureza.

Y no obstante lo que apunto, y en materia de desgobierno y desbarato, me callo; tenía mi colegio cierto viso de civilización adelantada, cierta propensión al

cultivo de la buena literatura, cierta tendencia á las discusiones políticas, en el sentido liberal, y sobre todo, ciertos colegiales notables por su talento y erudición que lo hacían un establecimiento realmente progresista.

Y ahora que de progreso se trata, recuerdo que en uno de los días de ese año de 1833, y pasando por la calle de Zuleta, me llamó la atención un grupo de gente que se apiñaba curiosa á la puerta de un amplio zaguán, y mirando para un gran patio; penetré con trabajo, y quedé sorprendido á la vista de una maquinita pequeña con figura como de cilindro con ruedas que recorría sola, y como por milagro, el cuadrado de rieles puestos en el suelo del patio. Era el ferrocarril acabado de descubrir en Inglaterra, y traído á México en miniatura, no recuerdo por quién. ¿Quién había de presumir siquiera la revolución estupenda que iba á operar aquel juguete en la humanidad?

El perpetuo deterioro de mi equipo, mi exagerado orgullo, ó lo que me atraían y entretenían las costumbres del bajo pueblo, me llevaban por barrios y vericuetos, por los lugares más apartados y desconocidos de la sociedad.

Muy mal parada y desatendida está la pobrecilla Sultana de los lagos, como llaman los poetas; pero en aquella época ofrecía en sus barrios espectáculos bárbaros y repugnantes.

No hay colores para pintar por la parte Oriente *aquel Juil, aquel Puente del Pipis*, aquellos alrededores

de la Candejarita, con sus ciénagas inmundas, sus prados de verde yerba, con sus hombres tendidos en ella y reclinados en las faldas de sus mujeres, entre lluvias de harapos ó parodiando insolentes á nuestros primeros padres; aquella Espalda de la Soledad de Santa Cruz y avenida de la Santa Escuela.

Al opuesto lado, la lóbrega plazuela de Mixcalco, con su triste tradición de los ahorcados.

Zanjas rebosando inmundicia, anchos caños sembrados de restos de comida, ratas despachurradas y algún can sacando los dientes, muerto, reventado por la cabalonga; muladares, ruinas de adobe . . . en medio de un llano; San Lázaro con su capilla humilde y sus enfermos carcomidos, y dejando sus huesos al descubierto con sus ojos espantados ribeteados de encarnado.

Siguiendo al Norte: remolino de callejones, casucas en fuga, puertas enanas, ventanas maliciosas con atolerías oscuras llenas de humo, con el envigado casi flotando en aguas pútridas; mujeres medio desnudas sobre el metate, muchachos en cueros vivos gateando ó arrastrándose, jaurías de perros sarnosos, hambrientos, era como la degradación del aduar.

Avanzando, estaban los alrededores de la capilla de Manzanares, que hizo célebre Garatuza, y la encrucijada de «Pita Azul,» nidos del tifo, escondite de los hijos sacrilegos y confidente de los amoríos de los Reverendos padres de la Merced; todo ceñido ó limitado por las acequias con sus curtidurías pestilentes, sus puen-

tes, sus depósitos de frutas y verduras, sus canoas y chalupas, sus indias enredadas, sus indios desnudos y su idioma musical y quejoso, perdiéndose entre los gritos y desvergüenzas de regatones y cargadores.

Solían interrumpir la monotonía asquerosa de esos vericuetos, ya un pleito de gallos, ya un juego de *piti-ma* ó *rayuela*, ya un *pico* de pilluelos desertores de la escuela, ya el roncar de un marrano dichoso, ya el pastar de un caballo tísico ó de una vaca escuálida en una rinconada.

Apenas recordaban, en aquellos hacinamientos de especie humana, las existencias del trabajo, algún zapatero con la espalda al viento, gran rosario atravesado bajo el arca, espeso mechón de cabellos colgando sobre la frente, su banquillo tripié, su mesa mugrosa con la herramienta y el trasto del engrudo, su perro pleitista y su jarro de pulque al lado.

Ó un tejedor echado de bruces sobre el telar, ó un fabricante de sillas de tule, sentado en el suelo con un formón apoyado en el dedo gordo del pie, formando esas sillas cuya grandeza hemos admirado en el Café del Sur.

Había en esos laberintos casas de vecindad con sus amplios patios, distinguidos ya con una higuera, ya con un granado ó varios floripondios; sus arriates con mastuerzo, chícharo y albahaca; en los aires, flotando en varios tendedores, calzones y camisas desgarrados; en los suelos petates desbaratados y . . . demás, en la puerta un gallo, en el interior perro y gato, en el fon-



do una lamparilla ardiendo á la Virgen de la Soledad, á San Juan Nepomuceno ó á San Antonio, divinidades que la *brillaban* en materia de milagros.

Lo que descollaba como característico en este barrio, era la célebre *casa de las inditas* en sus fronteras, y cuando dejando á un lado los callejones del Armado y otros, no existía la amplia calle de la Verónica, ni la fábrica de gas, ni tantas otras cosas que han cambiado la fisonomía de aquellos rumbos. *La casa de las inditas* merece descripción especial, y me propuse hacerla después cuando la visité y estuve en unión de Ignacio Ramírez, mi hermano y mi querer, en la época que nos propusimos escribir «Los Misterios de México,» tarea de que prescindimos por razones que sabrá el lector.

La gente de esos barrios, que no se puede decir que vestía, porque no se debe calificar el harapo de vestido, hacía gran consumo de los estampados de Barrón y de Iglesias, de los rebozos y paliacates; senos descubiertos en toda su amplitud, hombres en calzoncillo y con medio cuerpo desnudo.

La jerguetilla para el trabajo, el castor para la provocación y el lujo, el sombrero de paja grosera para los pobres, el de "panza de burro" para marcar el primer grado de civilización.

Solían atravesar aquellas calles chinitas de zapato verde de raso y banda de burato, camisa descotada con randas y chaquira: pero ya era la querida de un cómico ó de un prócer; ya persona que tenía título re-

ligioso, como la *Guardiana* ó la *Priora*; ya muchachas del "ganado bravo," las que ahora, con el progreso intelectual y científico, se han llamado "hetairas y horizontales."

Por aquellos tiempos absorbió la atención y enloqueció á México el anuncio de la ascensión aereostática de Adolfo Teodore.

Hiciéronse lenguas los periódicos, explicando el prodigio; en bandadas corría la gente á procurarse boletos. Madama Adela, modista única de cierta nombradía, reformó su taller, y zargas y encajes raros y puntos riquísimos engalanaban los mostradores, ofreciendo con las joyas todas las magnificencias del lujo.

En los alrededores de la Plaza de San Pablo, lugar en que debía verificarse la ascensión, se improvisaban barracas y jacalones para fondas, pulquerías y vendimias.

En los edificios vecinos á la gran Plaza, se veían amplísimos toldos de brin y de lona, bajo los cuales se distinguían hileras de sillas, bancas y gradas, que ocupó gentío inmenso, convirtiendo en salones las azoteas.

El día señalado ofrecía un conjunto encantador.

Gradas y lumbreras, cuarterones y tendidos hormigueaban de gente que parecía precipitarse en cataratas verdaderas desde las alturas.

La función estaba citada para las once de la mañana; en el centro de la plaza, y en un cuadrado de vigas, estaba el aereonauta, rubio, delgado y de mejillas encendidas; había en el suelo un hornillo y se levantaba